

Editorial

En su pionero artículo sobre las visiones raciales que intelectuales, escritores y políticos colombianos desarrollaron en el decenio de 1920, la historiadora Aline Helg, agudamente, señaló que Colombia fijó su mirada en Argentina y México como espejos identitarios. El primer país, que en las primeras décadas del siglo XX ya había recibido cientos de miles de inmigrantes europeos, se convirtió en el ejemplo preferido para aquellos soñadores que contemplaron la quijotesca idea de transformar –vía inmigración- la heterogénea población colombiana en una completamente homogénea. La segunda nación, por su parte, gracias al impacto político y cultural que tuvo la Revolución Mexicana, se convirtió en fuente de inspiración para estudiantes, obreros y para miembros del liberalismo. Particular interés, por las bases que la ideología del mestizaje había tenido en Colombia desde su conformación como República, despertaron las propuestas de escritores como José Vasconcelos y las creaciones de muralistas como Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, y Clemente Orozco. En los años 30 y 40 del siglo XX, gracias a la importancia que los gobiernos liberales le dieron a la idea de mestizaje, México no solo ocupó un lugar central en la vida política, e intelectual colombiana, sino que el cine y la música popular mexicana entraron a hacer parte del ADN cultural de algunos colombianos. Por ejemplo, en las barriadas populares de Cartagena, mujeres negras, como lo resaltó recientemente el investigador Ricardo Chica, hacían lo que estaba a su alcance para parecerse a la actriz mexicana María Félix.

Este número, reconociendo estos históricos vínculos y el fluido diálogo que ha existido entre ambas naciones, reúne un grupo de artículos escritos por historiadores mexicanos, o por historiadores colombianos que se encuentran adelantando sus estudios doctorales en México. Los trabajos – en términos historiográficos- se ubican, por un lado, en la reconstrucción de la cultura política que se desarrolló en el período comprendido entre la Era de las Revoluciones y el ascenso del liberalismo popular en la segunda mitad del siglo XIX. Y por otro, se enmarcan en el reciente retorno que la historiografía, a través de nuevas preguntas, ha hecho sobre el mundo laboral y urbano latinoamericano.

Múltiples dimensiones de la cultura política mexicana del siglo XIX emergen en los trabajos de Mariana Terán Fuentes y Cruz Dalia Muro Marrufo, y en el desarrollado por Juan Luis Ríos Treviño. La guerra como mito fundante de la nación y elemento definitorio de la cultura política de comienzos de siglo XIX es el tema que abordan Terán Fuentes y Muro Marrufo en su artículo. Las autoras se centran en la figura de Félix María Callejas, militar encargado de contrarrestar a los ejércitos insurgentes que estaban buscando consolidar el carácter independiente de lo que sería posteriormente la nación mexicana. Al hacerlo, no solo muestran la construcción de Callejas como antihéroe en la cultura cívica mexicana, sino que también ilustran el rol que los relatos juegan en la definición de los perfiles de los vencidos y los vencedores.

El reciente retorno historiográfico al mundo laboral y la creciente preocupación por la historia urbana se ven representadas en los trabajos de Andrés David Muñoz, Maico Pitalua, y el realizado –conjuntamente- por Judith Alejandra Rivas Hernández y René Amaro Peñaflores. Muñoz, a través de un estudio comparativo entre los casos de la Sabana de Bogotá (Colombia) y la Cuenca de México, analiza las sentencias que se produjeron en materia de penas de trabajos en obras públicas y presidios, entre 1800 y 1835. Rivas Hernández y Amaro Peñaflores, partiendo de la experiencia de los trabajadores de Zacatecas, se cuestionan por el proceso de formación de la clase obrera y sus dinámicas organizativas entre 1910 y 1925. Los autores concluyen que tal formación se produjo como resultado de la intersección de dos procesos: primero, la progresiva proletarización de los artesanos/operarios; y segundo, las luchas asociativas que adelantaron en condición de mutualistas, primero, y sindicalistas, luego. Maico Pitalua, a partir de la caribeña ciudad de Cartagena, explora los límites que el proceso de modernización tuvo en un centro urbano que quería proyectarse como moderno. Este historiador sostiene que tal proceso de modernización, a juzgar por los enormes problemas de salud pública que enfrentaba el citado puerto caribeño, fue fragmentado e inconcluso.

Este número lo complementan textos que, a partir de otros contextos latinoamericanos, reflexionan sobre dimensiones festivas y manifestaciones simbólicas desde una perspectiva histórica. Manuel Serrano García, por ejemplo, se concentra en la festividad del Corpus Christi en Cartagena de Indias. Según Serrano, esta celebración que hunde sus raíces en el medioevo era la fiesta que durante el mundo colonial sintetizaba de mejor forma los principios del barroco. Claudio Daflon, a través de la experiencia del Estado Novo configurado por el presidente Getulio Vargas, explora la forma en que los compositores de música popular de Río de Janeiro dialogaron con la idea de brasileñidad que se construyó en los años 30 del siglo XX. Daflon concluye que, ante el intento de nacionalización que Vargas buscó hacer de varias manifestaciones populares, los sambistas y músicos usaron varias estrategias para sobrevivir como artistas y para influir en las transformaciones culturales que estaban teniendo lugar.

Este volumen número 10 de El Taller de la Historia, centrado en voces provenientes desde México y nutrido con reflexiones de otros contextos latinoamericanos, es una invitación a seguir alimentando el diálogo de saberes que desde sus inicios ha caracterizado a nuestra revista.

Francisco Florez Bolívar
Editor